

Ecos del 68

Ofrecemos tres miradas sobre uno de los hitos que marcaron la política y la cultura contemporáneas: un relato global de los acontecimientos, un testimonio en primera persona de Antonio Elorza y el mayo francés a través del cine y la literatura.

Triunfos y derrotas

CARLOS GRANÉS



Ramón González Férriz
1968. EL NACIMIENTO DE UN NUEVO MUNDO
Barcelona, Debate, 2018, 272 pp.

Puede que el famoso mayo de 1968 sea uno de los acontecimientos políticos y culturales más sobreinterpretados del siglo xx. En los cincuenta años que nos separan de aquellas revueltas estudiantiles, mitificadas casi al día siguiente de ocurridas, se ha dicho casi de todo. Pero ¿qué fue lo que pasó realmente durante aquel año? ¿Por qué el 68 se convirtió en una especie



de parteaguas simbólico de la historia cultural de Occidente? El nuevo libro de Ramón González Férriz responde estas preguntas. *1968. El nacimiento de un nuevo mundo* traza un gran fresco de lo que ocurrió ese año. Entrelazando cronológicamente episodios sucedidos en tres continentes y en ocho países, el autor va mostrando el trepidante paso de los acontecimientos que, país por país, ciudad por ciudad, fue dejando cadáveres en las calles, revueltas en las universidades, disturbios en las pantallas del televisor y el total desconcierto en las cúpulas políticas de varias potencias mundiales.

El gran angular que utiliza González Férriz para contar lo que sucedió a lo largo de este año revela cosas sorprendentes. A pesar de su magnetismo histórico, el mayo francés pierde su corona como el hecho político más relevante del 68. Cosas mucho más serias estaban en juego en Checoslovaquia, donde los estudiantes se rebelaban contra la injerencia soviética; o en España, donde se enfrentaban a una dictadura y ETA, después de arrojar su primer muerto en un retén policial, pasaba de la conspiración política al terrorismo. Y qué decir de México, donde centenares de estudiantes cayeron acribillados por las balas del ejército mientras se manifestaban contra el perverso autoritarismo del PRI. A su vez, en Estados Unidos los jóvenes eran enviados a morir en Vietnam y las tensiones raciales, avivadas desde hacía décadas, estallaban con el asesinato de Martin Luther King. Alemania



Ilustraciones: Letras Libres / Hugo Alejandro González

iniciaba el 68 con un asesinato y terminaba con un colofón violento, la banda Baader-Meinhof. En Italia incubaban los años de plomo, y en Japón, por culpa de la guerra de Vietnam, se revivían los viejos fantasmas nucleares.

El 68 fue un año en el que pasó de todo, y en el que todo cambió y todo siguió igual. González Férriz muestra muy bien esta contradicción en este libro tanto como en uno previo, *La revolución divertida* (Debate, 2012), en el que analiza las consecuencias de las revueltas de los sesenta. El 68 cambió la manera de hacer política, pero no supuso esa transformación radical que se asocia a la euforia revolucionaria. En ningún país removió los cimientos del poder. La derecha francesa arrasó en las elecciones legislativas del 68. Los soviéticos endurecieron la dictadura checoslovaca. Quien fuese secretario de Gobernación durante la masacre de estudiantes, Luis Echeverría Álvarez, fue elegido presidente de México en 1970. La dictadura franquista siguió intacta. El derechista Nixon ganó las presidenciales estadounidenses en el 69. Y ni en Alemania, Italia o Japón las estructuras políticas o sociales se vieron afectadas.

A pesar de los brotes de violencia, el 68 no condujo a ningún tipo de revolución política ni a ningún cambio de sistema. Es posible que tampoco fuera esa la intención de Cohn-Bendit ni de los demás jóvenes que encendieron la mecha en la Universidad de Nanterre. Más allá de manifestar el descontento y el

malestar a la autoridad, las movilizaciones no tuvieron un objetivo político concreto. Muy probablemente querían la cabeza de De Gaulle, pero es posible que de haberla obtenido no hubieran sabido qué hacer con ella. A pesar de todo esto, el mayo francés sí fue la celebración de un triunfo. Como escribe González Férriz, antes del 68 “las costumbres eran más rígidas, y las expectativas de disciplina y sumisión al grupo, mayores”. Lo que celebraban los jóvenes en las calles de París es que todo esto estallaba por los aires.

No debe extrañar que el sexo fuera uno de los detonantes de las protestas. Desde marzo de 1967 los estudiantes de Nanterre se quejaban porque la universidad impedía a los hombres entrar en las residencias femeninas. Y del malestar sexual al inconformismo social —la sensación, a partes iguales, de vivir en un sistema creado por los viejos, anacrónico y retrógrado, y de estar siendo educado para encajar en una maquinaria que empujaba la vida— había un paso. Tan trascendentes como frívolos, esos fueron algunos de los detonantes del mayo francés. No daban para revertir las democracias burguesas, pero sí para generar cambios relevantes; no alteraban la administración del poder, pero sí los estilos de vida y las costumbres.

Esto fue lo que definitivamente cambió en 1968. Puede que los sesentayochistas hubieran perdido la batalla política, pero sin duda ganaron la batalla cultural. El mundo nuevo al que se refiere González Férriz es ese. Aquel mítico mayo fue una performance contracultural que puso ante los ojos del mundo un hecho evidente. Los valores de la vanguardia que privilegiaban lo joven, lo nuevo, lo arriesgado y lo rebelde habían dejado de ser propiedad exclusiva de sectas marginales y ahora pertenecían a la mayoría. El cambio de valores se había efectuado. Los jóvenes ya no iban a vivir como sus padres. Bastaba que empezaran a ocupar los espacios de poder en la cultura y en la educación para que se conformara un nuevo statu quo.

Para muchos resultó un triunfo agrídulce. La legitimación social y cultural de las demandas del sesentayochismo, que incluían, principalmente, la libertad sexual y la autonomía del individuo frente al Estado, fueron asimiladas con bastante facilidad por el capitalismo y las corrientes de pensamiento liberal. La revolución fue asimilada por el mercado y el hedonismo y las libertades individuales por las ideologías predominantes. Eso no significa que las guerras culturales hubieran terminado. Ahí siguen. Lo que sí logró el 68 fue legitimar ideas y actitudes libertarias que siguen vigentes en el Occidente contemporáneo. La mezcla de frivolidad juvenil, sincretismo (o confusión) ideológica, demandas de autoexpresión y libertad individual, legitimación del placer, causas sociales e irreverencia ante lo sagrado y solemne, se reveló en

las calles de Francia como un nuevo conjunto de valores apetecible por las nuevas generaciones. La cultura que heredamos los nacidos en los setenta contiene todos esos elementos. Podemos odiarla o amarla, pero no hay duda de que desde ahí pensamos, actuamos, creamos y consumimos. Los libros de González Ferriz son un revelador retrato de los cambios culturales que han moldeado las sociedades contemporáneas. —

CARLOS GRANÉS (Bogotá, 1975) es antropólogo y ensayista. En 2015 publicó *La invención del paraíso: El Living Theatre y el arte de la osadía* (Taurus).



Vivencias del 68

ANTONIO ELORZA

BUENOS AUGURIOS

En la mañana del 15 de abril, me soltaron definitivamente del cuartel. Apenas salido de la Remonta, al embocar Bravo Murillo, lo primero que hice fue buscar un portal suficientemente oscuro.

Una vez encontrado, me metí en él y sin más ceremonias me desnudé, quitándome para siempre el uniforme y lo sustituí por ropa civil. No me gustaba el ejército español, pero en ese momento

no sospechaba que yo tampoco le gustaba a él. A los pocos días, mi madre abrió la puerta a un soldado que traía consigo una orden personal del capitán general de Madrid, según la cual tenía que incorporarme de inmediato como soldado para cumplir un nuevo servicio militar en África. Mi madre cayó redonda al suelo y cuando volví a casa quedé por un tiempo sin saber qué hacer. De antemano, decidí que más valía escapar a Francia, antes que aguantar otros nueve meses, y ahora en régimen de castigo. La única rendija era que por mi condición de cabo primero no podía presentarme como soldado en el centro militar. Así que respondí que el cumplimiento de la orden resultaba imposible. Por si acaso, mi padre asumió el papel de gestionar una solución. Solo que la orden se repetía y yo podía ser detenido en cualquier momento. Tras varias semanas, todo se resolvió al hispánico modo. Mi padre untó con dos mil pesetas al sargento chusquero que se encargaba del asunto y mi expediente fue introducido por su mano entre los resueltos positivamente.

Entre tanto, Marta regresaba de una excursión por Europa con sus dos compañeras de curso, Angelines y Beleta Moll. Decidí jugar mi baza después de los fracasos anteriores yéndola a esperar a Barcelona. Su postal desde Bruselas (“Muchos besos, Marta”) era esperanzadora. Fue una breve estancia muy rentable, ya que pude entablar la deseada relación sentimental, y subrayo lo de sentimental, y aunque de esto no estoy muy seguro, concreté los contactos con Seix Barral, para rehacer la traducción al español de *El hombre unidimensional* de Herbert Marcuse. La tarea me proporcionó un mayor acercamiento a Marta, que había estudiado en el Colegio Británico. De momento, sin embargo, contaba la coincidencia de ambos en Barcelona, con la visita a sus librerías, y las noches de jazz en el local de la plaza Real, donde tocaba Tete Montoliu.

De vuelta en Madrid, recuperé también la relación con el grupo de estudiantes vascos, en realidad de ETA, que encabezaba Txomin Ziluaga, hombre al cual en el mismo 68 detuvieron en el Aberri Eguna, pero también el Primero de Mayo. Por pertenecer al frente cultural, las únicas actividades en las cuales yo participaba eran las misas dominicales a cargo de un cura vasco conciliar y las sesiones en las que eran invitados a la “sede”, un chalet más tarde derruido en una colonia de Francos Rodríguez, cantantes vascos, entre ellos Lourdes Iriondo, nuestra Joan Baez, y creo que también Mikel Laboa, e incluso profesores de la calidad de Koldo Mitxelena, sin que faltaran grupos populares de *trikitrixa*. [...]

No era un medio fácil, a pesar de la cordialidad de Txomin. Traté de explicarles la complejidad de Euskadi en términos nada nacionalistas, en una conferencia pronunciada en el colegio de monjas de la calle Tutor. No

tuve el menor éxito, si bien me vi superado en irritación por una intervención de Marta que puso en cuestión la condición vasca de Navarra. Creo que entonces me gané el cariñoso epíteto de “el cabrón del español de Elorza”. Otro día me encontré con que uno de los miembros, de nombre Zubillaga, había sido expulsado por implicarse en la escisión ETA-Berri y se le había prohibido asistir a la misa, la más rara exclusión imaginable.

Yo había llegado al grupo de la mano de un compañero de carrera, el zarauztarra Gillen Azkoaga, activista impenitente, quien me presentó a Txomin Ziluaga, que también andaba por la Facultad. Los caminos del Señor son inescrutables. Y fue Txomin el que me informó de que el grupo pertenecía a ETA.

La agitación universitaria se acercaba al clímax del 18 de mayo, fecha en que estaba previsto un recital de Raimon. Gonzalo Anes comentó como sigue el aspecto que ofrecía el vestíbulo de la Facultad de Políticas y Económicas: “¡Esto parece el centro de propaganda de Vietnam!” Entre la movilización de militantes e imagen en el interior, y el deseo de la policía por acabar con aquello, el papel de las autoridades académicas no resultaba fácil, aun cuando el vicedecano Juan Velarde hiciese lo inevitable para conjurar la catástrofe. Falangista hasta hoy, fue siempre ante todo un hombre tolerante. Una mañana que fui a visitarle a la Facultad, le encontré en su despacho negociando en presencia de los líderes estudiantiles, Jaime Pastor y Paco Alburquerque, con el jefe de la Brigada Político-Social, comisario Saturnino Yagüe, al otro lado del teléfono. Propuso: “Si los estudiantes quitan los carteles llamando al Caudillo asesino, ¿podéis no entrar?” Ignoro el final.

Los métodos de control del movimiento universitario, y de la oposición urbana en general, todavía no estaban bien ajustados. Los nuevos movimientos antifranquistas les resultaban más difíciles de identificar que los clásicos, herederos de la Guerra Civil. Además habían crecido exponencialmente. Las comunicaciones entre las distintas unidades y la central eran todavía imperfectas, aunque por poco tiempo, y podían ser seguidas por radio, desplazándose los manifestantes para evitar la llegada de esta o aquella unidad. Peor funcionaba aún la intercepción telefónica. Sonaba un clín-clín continuo de fondo al iniciarse esta, de manera que podías optar por conservar la llamada, si esta era inocua, cortarla, o bien apretar a medias los colgadores, con lo cual se producía un fuerte zumbido molesto para quien practicaba la escucha. En una ocasión, cuando repetí esa práctica, el teléfono habló solo: “¡Quita, cabrón, que me haces daño!” Era aún una técnica primaria, cuya ineficacia resultaba compensada con los malos tratos en Gobernación.

Por el momento, no practicaba militancia activa alguna, salvo reuniendo textos anteriores al 36

para que eventualmente los publicara José Martínez Guerricabeitia en la Editorial Ruedo Ibérico. Mi interés se situaba fuera de España, con las noticias del mayo francés, que seguía a través de *Le Monde*, y sobre todo con los inesperados procesos de cambio en la Europa del Este, acerca de los cuales me informaba siempre por *Le Monde*. Me había suscrito a la revista *L'Homme et la Société*, que dirigía el político excomunista Jean Pronteau, en cuyas páginas leí las primeras contribuciones a una extraña conciliación entre comunismo y democracia, sobre la que teorizaba un amigo de juventud de Gorbachov, Zdeněk Mlynář, ya convertido en principal teórico de la Primavera de Praga. Los libros marxistas llegaban sin demasiadas dificultades a las librerías amigas, y ya no había que conformarse con las traducciones autorizadas del “Marx de los jesuitas” o con la lectura de las magníficas *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial* de Raymond Aron. En la facultad de políticas se vendía legalmente, ciclostilado, el *Manifiesto comunista* que yo mismo traduje.

Cerca estaba la aludida preparación del gran recital de Raimon en Políticas, con Marta en el papel de organizadora desde su condición de delegada de Culturales en el Sindicato Democrático, a las órdenes de Jaime Pastor, entonces como ella, y como María del Carmen Iglesias, integrante del Frente de Liberación Popular (FELIPE), nuestra versión del PSU francés. Su nombre clandestino era “Teresa”. Al celebrarse el cuarenta aniversario del 68, hace diez años, su participación fue ninguneada. Se le incoaron ocho sumarios, y menos mal que el decano Ángel Vegas no pudo facilitarle una bandera para ser quemada. La movilización de masas en torno al recital culminó el 68 español. Como en la letra de la canción conmemorativa de Raimon, aquella jornada con Marta “no la olvidaré nunca”.

LOS POSOS DE MAYO

[...] Yo había intentado asistir en mayo a las conferencias organizadas por el ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Karl Marx, una de las cuales fue pronunciada por Marcuse el 6 de mayo; la orden del capitán general sofocó el intento. Así que cuando llegamos a París, a principios de julio, todo había acabado. Se respiraba un extraño ambiente, con numerosos restos del levantamiento en las calles o en edificios como el Odéon, y también con signos de la estricta represión dictada por el ministro Raymond Marcellin. Pudimos recoger bastante material (documentos, panfletos, hojas volantes) y adquirir los primeros trabajos que iban saliendo sobre el tema. Los familiares jóvenes de Marta que habían seguido de cerca los acontecimientos nos contaron bastantes cosas. En conjunto,

no había motivo para el optimismo. El día 21 llegó la noticia de que los tanques del Pacto de Varsovia habían entrado en Checoslovaquia. La Primavera había terminado. Lo compensamos con paseos, cines y la degustación de un manjar que yo desconocía, los *nems* en el Restaurante Vietnam, que entonces estaba enfrente de la librería del simpático cascarrabias Robles. Todavía se podía comer la buena sopa de cebolla y caracoles en restaurantes vecinos a las aún no derruidas Halles.

La parte seria de la estancia correspondió a las relaciones con José Martínez, el anarcobolchevique director de Ruedo Ibérico, que se había trasladado con su librería a la calle Sommerard, junto al bulevar Saint-Michel. Comimos juntos varias veces, me introdujo a sus amigos anarcosindicalistas de Front Libertaire –de los que formaba parte Cipriano Mera–, y acordamos la forma de colaboración. A corto plazo recibí el encargo de una traducción del francés de 1905 de Trotski, que ejecuté a medias con una amiga de Marta. Acabó publicándose como trabajo de José Martínez y Juan Andrade. Escribí también en París el primer artículo para *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, titulado “Consideración sobre Carrero Blanco”, mucho mejor que todo lo anterior y que firmé como Emilio Benítez.

Un último aspecto de esta estancia tuvo poco que ver con la revolución. En principio, Marta iba a la casa de sus tíos, los Hernandorena, en la calle Liège, junto a la estación de Saint-Lazare. Tío Godo y tía Mercedes eran unos nacionalistas vascos estupendos pero poco inclinados a amparar el amor libre. Así que de cara a la estancia yo me travestí en Angelines, lo cual tenía un solo problema: la sirvienta de los tíos de Marta aparecía a limpiar cuando le venía en gana. No le cabía entonces a Angelines otro recurso que refugiarse en uno de los grandes armarios. La sirvienta mostraba una y otra vez su extrañeza por no encontrarla.

[...]

Al cruzar el 2 de agosto la frontera de Irún, el exhaustivo registro del coche nos avisó de que algo grave sucedía: ETA había asesinado al policía torturador Melitón Manzanos. La carga de irracionalidad en el grupo del chalet resultaba evidente, pero esto era otra cosa. Frente al contenido democrático del catalanismo, reflejado para mí en la poesía de Salvador Espriu, estallaban la carga apocalíptica de su contrafigura vasca, Gabriel Aresti, y el odio xenófobo de Sabino Arana. Se iniciaban las décadas del terror y para mí una inacabable sensación de angustia.

OTOÑO INFAUSTO

Después del largo verano, el regreso al trabajo en la universidad fue ante todo un tiempo de desilusión. Las

expectativas de la primavera se habían disuelto en todos los órdenes. Marta vivía con sus padres, el ambiente en las aulas era de crispación y de miedo a la represión, las perspectivas de una carrera académica normal se veían seriamente amenazadas, y, mirando hacia el exterior, del mayo francés solo quedaba el recuerdo, iban conociéndose gota a gota los actos de barbarie en la Revolución cultural, y tras la invasión por las fuerzas del Pacto de Varsovia apenas podía esperarse una supervivencia residual del reformismo checo. La única salida consistía en acelerar como fuese la tesis doctoral sobre el liberalismo en la Ilustración española, y eso desde una situación de penuria, sin un duro siquiera para hacer unas fotocopias.

Al menos, las noticias de Praga supusieron una clarificación de mis posiciones políticas, la resolución de tantas dudas al tener noticia de la actitud resuelta de condena adoptada por el PCE. La cuadratura del círculo parecía lograda: un comunismo defensor de la democracia, en apariencia el de Carrillo o el de Dubček, enfrentado al irreformable estalinismo de la URSS. Por si algo faltaba, meses después tuvieron lugar la publicación de *La confesión*, de Artur London, y la subsiguiente película de Costa-Gavras, con Jorge Semprún como guionista. A pesar del claro distanciamiento del escritor respecto de su antiguo partido, en *La confesión* podía atisbarse la idea de que frente al soviético existía un comunismo auténtico. La sorprendente sugerencia venía respaldada por la rotunda evocación positiva de las personalidades del exbrigadista London y de su compañera Lise Ricol (Yves Montand y Simone Signoret), más hitos tales como aquel grafiti donde se leía que Lenin debía perdonar a los soviéticos, que se habrían vuelto locos. Así fue como paradójicamente el relato sobre la invasión de Praga pudo constituirse en un aliciente para ingresar en el PCE.

[...]

EL ENTIERRO DE LA UTOPIA

[...] Los acontecimientos se precipitaron en enero de 1969. Una asamblea en la Universidad de Barcelona fue el prólogo del asalto al Rectorado, con la sustitución de la bandera española por una roja, con la hoz y el martillo, y sobre todo fue defenestrado el busto de Franco. Era la ocasión perfecta para emprender una limpieza a fondo de la universidad.

El 24 de enero, el ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, decidió hacer bueno el diagnóstico de José María Pemán en *Mis almuerzos con gente importante*: “por naturaleza, era casi somáticamente un nazi”. En su alocución justificativa del estado de excepción retomó los acentos de la Guerra Civil



y acumuló todos los tópicos posibles sobre la amenazadora conspiración. A Fraga no le sirvió de nada este regreso a los orígenes, pero cumplió su misión al servicio del dictador.

Ese día, yo me había desplazado al Archivo de Simancas para completar la documentación de mi tesis doctoral. Al regresar a Madrid, escuché las palabras del ministro y pensé que lo más urgente era deshacerme de la documentación de ETA que Txomin Ziluaga había dejado en mi casa antes de su detención. Intenté quemar los papeles en la ducha, pero tuve que suspenderlo al prenderse la cortina. Al día siguiente, deposité los documentos en la Hemeroteca Municipal de Madrid, dada su importancia histórica. El director, don Miguel Molina, que era un excelente liberal, los aceptó, si bien no estoy seguro de que hayan sobrevivido.

Lo peor, sin embargo, había sucedido unos días antes. El 17 de enero fue detenido el estudiante Enrique Ruano, del “FELIPE”, sometido a torturas, balaceado y arrojado por la ventana tres días después. El tratamiento del suceso por parte del gobierno, y, en particular, por el ministro Fraga, forzando la colaboración de ABC, constituyó uno de los episodios más viles en la historia del régimen. Fueron manipuladas las notas de un diario íntimo del estudiante para presentarle como un suicida en potencia; las circunstancias del crimen alcanzaron los máximos niveles de lo macabro. De la mano de Fraga, España volvía a los años cuarenta y al precedente asesinato judicial de Julián Grimau. Tengo en la memoria que me asomé al balcón interior de casa de mis padres y grité hasta perder la voz. —

Este es un extracto adaptado de Utopías del 68. De París y Praga a China y México, que publica este mes la editorial Pasado & Presente.

ANTONIO ELORZA (Madrid, 1943) es catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid e historiador del pensamiento político. Entre sus libros están *Urgoiti: una utopía reformadora* (Ediciones APM, 2012) y *Anarquismo y utopía* (Cinca, 2013).

Historia íntima de la revolución

ALOMA RODRÍGUEZ

Las protestas del mayo francés tuvieron dos focos iniciales: uno, en la Universidad de Nanterre, en marzo, y otro en la Cinémathèque, en febrero, después de que el ministro de Cultura André Malraux destituyera a Henri Langlois al frente de la institución. A las protestas estudiantiles se unieron las de los cineastas y los disturbios comenzaron en las calles, los encierros se sucedieron en universidades y las huelgas en las fábricas. 1968 no fue solo el mayo de París, ni siquiera solo Europa: Japón, México, Estados Unidos vivieron sus propias revueltas, además de Praga. También en 1968 ETA cometió su primer asesinato, España no estaba “en un contexto demográfico y cultural tan distinto”, ha dicho Ramón González Férriz en una entrevista a propósito de la publicación de *1968. El nacimiento de un mundo nuevo*. Pero el mayo francés fue de las revueltas más icónicas y más rápidamente mitificadas y fagocitadas por el propio sistema al que pretendía derribar.

Las protestas estudiantiles parisinas tuvieron apoyo y reflejo en el cine: el Festival de Cannes de ese año se suspendió en solidaridad con estudiantes y obreros. François Truffaut, Jean-Pierre Léaud o Simone Signoret, por citar solo algunos, se habían mostrado a favor de las protestas. Y aunque puede que las repercusiones del mayo francés se hayan exagerado, en parte por la idealización, a muchos de los protagonistas y testigos los cambió para siempre. Entre esos testigos de excepción está Anne Wiazemsky (Berlín, 1947 - París, 2017).

La nieta de Mauriac se había casado con el rebelde Jean-Luc Godard, después de haberle enviado una carta a la redacción de *Cahiers du Cinéma* en la que decía estar enamorada del hombre que había detrás de *Masculin Féminin*. Wiazemsky aprendía a su lado: de cine, de películas, de política, de filosofía, de la vida. Godard la convirtió en una dulce dogmática maoísta en *La Chinoise*. Pero, sobre todo, aprendía de amor. Las revueltas de mayo de 1968 revelaron las grietas que les separaban y las hicieron más grandes hasta mostrar diferencias irreconciliables. Es lo que cuenta *Un an après*, la continuación de *Un año ajetreado* —en la traducción de Anagrama—. En ese momento, Wiazemsky no era escritora ni tenía intención de serlo. Esa vocación le llegaría más adelante, cuando los directores dejaron de llamarla para que actuara en sus películas. Y estas memorias de juventud por entregas llegaron después de que su carrera como escritora estuviera ya consolidada. *Un año ajetreado* se lee como una novela de formación, también tiene algo de Pigmalión contado desde el punto de vista de ella, cosa bastante inusual. Estaba concebido ya como una parte de algo: “Al principio, tenía un proyecto más vasto que iba a llamarse *Fragmentos*. Pero me di cuenta de que no podía contar todo en una misma obra. Así que elegí centrarme en un año de mi vida, en el año en que mi vida dio un vuelco: el año en que conocí y me casé con Jean-Luc Godard. Un año lleno de dudas, dificultades y miedo a comprometerme.” Así, *Un an après* sería la segunda (y última) parte de ese proyecto. Wiazemsky no solo tenía una mirada atenta a lo que sucedía a su alrededor, poseía una gran capacidad de observación del mundo y era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que era una privilegiada: no solo en un sentido económico y de circunstancias, también era una testigo privilegiada de la historia. *Un an après*, que no está traducido, es un ejercicio de generosidad: comparte sus memorias de esos días agitados y deja que el lector se asemeje al lado íntimo de la historia.

Godard y Wiazemsky se mudaron al Barrio Latino poco después de casarse. Ella siempre había soñado con vivir ahí y para terminar de convencer a su marido le dijo que había demasiados policías en la que había sido su primera casa. Como en el cuento de la muerte en Samarra, en su huida se encontraron con aquello de lo que huían. El fervor político de Godard ya había despertado y era recibido en La Habana como un héroe por los cineastas cubanos. La pareja se sumó a las protestas por la destitución de Langlois: “Las cosas fueron muy rápido bajo el impulso de Jean-Luc, Truffaut y Rivette, más decididos que nunca a que readmitieran a Henri Langlois. Los estudiantes se unían a los del cine, todos con ganas de plantar cara. Con frecuencia en el extranjero y bastante indiferente a lo que sucedía en Francia en el mundo universitario, yo no relacionaba la

revuelta que reinaba en los campus americanos y la que veía en París. En cambio, Jean-Luc presentaba que algo inédito estaba sucediendo en todas partes, Alemania, Checoslovaquia, Roma o Londres. Sus amigos estudiantes maoístas le daban la razón en ese sentido. Desde nuestra vuelta de Cuba, hablaba de revolución internacional. Nosotros casi no le escuchábamos, centrados en nuestra misión de salvar a Langlois y la Cinemathèque. Era alegre, nuevo, fraternal y me divertía mucho en medio de mis mayores que tenían de nuevo veinte años, como yo.”

Pero el ambiente festivo y la alegría con la que la joven Anne toma las primeras filas de las manifestaciones duran poco. La del 14 de febrero que había comenzado en el palacio de Chaillot termina con un enfrentamiento violento entre policía y manifestantes. La noche del 3 de mayo, volviendo de una jornada de rodaje, Wiazemsky se acuerda de esa carga. Su casa está cerca de la Sorbona: “De pronto, salieron estudiantes de todas partes gritando y perseguidos por lo que me pareció ser un ejército de policías con casco, la porra en la mano y golpeando a discreción a los jóvenes que conseguían atrapar. Me paré en seco en el cruce del bulevar Saint-Germain y la calle Saint-Jacques, aturdida, paralizada de miedo, incapaz de echar a correr. Los estudiantes huían delante de ellos en dirección a la plaza Maubert, me empujaban. ‘No te quedes aquí, idiota’, me dijo uno, y trató de arrastrarme. Como seguía sin moverme, me dio un par de bofetadas antes de reanudar su carrera.”

La revolución irrumpe en la vida de la pareja. No solo porque los enfrentamientos tienen lugar prácticamente en la puerta de su casa, sino porque lo invaden todo, hasta su intimidad: la radio siempre está puesta en casa del matrimonio para no perder ni un detalle, Godard acoge a Jean-Jock, un camarada, que parece dispuesto a quedarse a vivir con ellos. Wiazemsky está enamorada del Jean-Luc cineasta, no del comprometido. Por eso le entristece que su marido diga que reniega de todo su cine anterior, que va a dejar el cine o que en un acto en Roma, en el que Bernardo Bertolucci ejerce de traductor del director francosuizo, reproche al resto de ponentes que sigan anclados en una idea trasnochada y romántica del cine, antes de abandonar el escenario como quien da un portazo. En *Un año ajetreado* Godard estaba orgulloso de que Anne fuera estudiante de filosofía y nada menos que en Nanterre. En *Un an après*, Anne ya ha abandonado la facultad, y se sorprende al ver a uno de sus antiguos compañeros —Daniel Cohn Bendit— liderando las revueltas, saliendo del país y volviendo de manera clandestina.

Godard anuncia que ya no cree en la figura del autor y que aboga por el cine colectivo: a partir de ahora, firmará como Grupo Dziga Vertov. Mientras, la pareja

viaja a Londres, se reúne con los Beatles, rueda un documental con los Rolling Stones. Pero también viaja a Nueva York (donde Godard apenas sale del hotel) y a Quebec; pasa una temporada en el Polo Norte rodando un documental sobre una huelga a menos veinticinco grados. Ella recibe ofertas para filmar con Bertolucci, Pasolini o Ferreri; él se aparta del cine convencional. Ella se pasea en patines por el Barrio Latino, harta de caminar; él discute y escucha a los jóvenes maoístas con atención. Ella es una burguesa, él quiere hacer la revolución. Las huelgas y encierros terminaron en junio y en mayo de 1969, un año después, Godard trató de suicidarse. Era el principio del final de la pareja y Wiazemsky dejaba de ser esa observadora de excepción: “A nuestros caminos profesionales, que ya habían comenzado a separarse, iba a añadirse lentamente una concepción diferente de la vida, del amor y de la muerte. Nuestra separación definitiva llevó más de un año, casi dos. Fue extremadamente dolorosa para mí y para él, aunque yo tomara la iniciativa. El triste final de nuestra historia fue banal y privado, dejé de ser un testigo privilegiado de la historia. No lo escribiré.”

En el libro de Wiazemsky también aparece Philippe Garrel, cuando el director invita a la pareja a un pase de su primera película (Godard dijo que ya no era necesario que hiciera películas porque ya las hacía Garrel). Y Garrel también sintió la necesidad de contar su versión de mayo del 68, y también desde un lado íntimo y privado, en *Les amants réguliers* (2005). En una conferencia pronunciada en 2006 en Barcelona, el cineasta explicó que se dio cuenta de que el año 1968 había sido deliberadamente eliminado en la enciclopedia Hachette que le había regalado a su hijo mayor, que estaba a punto de cumplir veinte años. Pensó que tenía que dejar un testimonio de lo que sucedió para cuando ya no quedara ningún testigo vivo. *Les amants réguliers* es una reconstrucción de esos disturbios que, según Garrel, no duraron más de tres semanas. Godard le había producido un documental a Garrel sobre los disturbios, *Actue I*: la idea era hacer contrainformativos en respuesta a los noticiarios oficiales. Esos negativos se perdieron. La primera parte de *Les amants réguliers* es la reconstrucción de esas imágenes perdidas, es decir, es un trabajo de memoria no sobre lo que sucedió sino sobre cómo lo había rodado. Aparecen las barricadas, los incendios y los enfrentamientos entre policía y estudiantes. La película sigue a los personajes después de las revueltas, sobre todo a François, que es poeta, no trabaja, fuma opio, vive en la mansión de un amigo rico y se enamora de una escultora. La segunda parte de la película es un retrato de grupo de esos jóvenes de veinte años no tan diferentes a los jóvenes de veinte años de casi cualquier época. Suena “This time tomorrow” de los Kinks en

una secuencia que funciona como síntesis de lo que es ser joven y no saber qué esperar del futuro. La tercera parte se centra en la historia de amor entre François y Lilie. Lo emocionante de *Les amants réguliers*, una de las cosas que la hacen tan especial, es que quien encarna al protagonista es el hijo de Garrel, Louis Garrel, que es a la vez a quien el cineasta quería contar su versión de la historia de mayo del 68. Por eso la película tiene algo de transmisión de un legado que se muestra en toda su desnudez: esto es lo que hacíamos, así éramos, parece decir el director, y aunque no lo creáis, en realidad, no somos tan diferentes: fuimos jóvenes.

Les amants réguliers se rodó justo después de que Bertolucci filmara su homenaje a esos años y al cine de esa época en *The dreamers*, la historia de un estudiante estadounidense cinéfilo que conoce a Isabelle y Théo, mellizos, en la Cinemathèque. No es la única coincidencia entre las dos películas: Louis Garrel interpretó a Théo y el vestuario de la producción de Bertolucci se reutilizó en el filme del francés. Las dos películas, como ha señalado André Habib, “proponen, casi cuarenta años después de los acontecimientos una visión interior y, añadiría, en interiores de mayo del 68. Además de su dimensión abiertamente autobiográfica, y a pesar de sus evidentes diferencias estéticas e ideológicas, las dos obras comparten una insistencia en situar a sus personajes en espacios íntimos privados, antes, después o durante los hechos de mayo”. Las dos películas, más claramente la de Garrel, comparten un modelo: *La mamá y la puta* (1971), de Jean Eustache, que recogía el espíritu sesentayochista.

Este espíritu perduró en el tiempo, como viene a contar Olivier Assayas en *Después de mayo* (2012). No es difícil ver en el protagonista, un adolescente que quiere hacer cine y tiene amigos que aún queman coches y hacen pintadas y le reprochan que lea a Simon Leys contando los muertos de Mao en 1971, al propio Assayas.

Les amants réguliers y *Un an après*, además de ser dos acercamientos desde la intimidad a la historia, están unidos por sus autores: Garrel fue de los últimos directores con los que trabajó como actriz Wiazemsky. Ambas obras consiguen captar algo que cambió en mayo: la liberación de la mujer y el amor libre, que es uno de los pilares de la película de Eustache. Wiazemsky consigue que su relato vaya más allá del morbo inicial de descubrir a un Godard celoso y revolucionario, y Garrel comparte algo tan íntimo como una conversación entre padre e hijo hecha película. Ese año pasaron más cosas, sí, pero con estos testigos y protagonistas se entiende que ninguna fuera tan icónica. —

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción española de *Letras Libres*. En 2016 publicó *Los idiotas prefieren la montaña* (Xordica).